**Deslealtades**

Acabo de enterarme de que han descubierto una deslealtad hacia el Ejército de Tierra prolongada desde el año 2007. Los supuestos traidores son dos coroneles, un par de comandantes, un capitán y un subteniente. Las víctimas fueron los alumnos de la Residencia San Hermenegildo a los que les tocó mal comer mientras sus mandos se apropiaban de unos trescientos mil euros más algunos apetitosos regalitos por parte de los proveedores.

Al tener acumuladas experiencias a lo largo de una vida longeva, no me causó un especial asombro. Recuerdo por aquel fatídico 1961, el de las inundaciones y el desborde del Tamarguillo con la Operación Clavel y la caída de la avioneta, mi más forzoso que voluntario servicio militar en el Ejército del Aire en el cuartel de Tablada. Después del desayuno ya sabíamos cómo sería la comida en función del capitán de cocina, cargo sospechosamente anhelado. De tal guisa y guiso que muchos soldaditos, los pudientes, programaban visitar al dicharachero concesionario de la cantina –beneficiario directo o indirecto– para gastarse unas pesetitas familiares.

Mi pase por Tabalada fue como visitar al psiquíatra porque las alucinaciones me llegaban volando, más rápidas que aquellos vetustos aviones de origen alemán, algunos con el tren de aterrizaje entablillado con trenzados de alambres. Dije alucinación porque sobrepasaba mi capacidad de sorpresa, ¿cómo podía ser *vox populis* y los mandos lo ignorasen?

Supe de otras componendas con relación a la golosa gasolina o al tabaquillo rubio de ‘pata negra’ llegado por los aires, o los alimentos salidos de la granja para las boquitas abiertas de los churumbeles de los brigadas…, más otros baldones impropios de la heroica marcialidad.

Obvio afirmar que en tan numeroso colectivo encontré integridades, o sea, simples cumplimientos del deber que, aquí, en nuestro suelo patriótico y dado el percal quedan enaltecidas por la inevitable comparación.

Otra mención merecen los proveedores que como buenos psicólogos populares saben las debilidades de los de su especie. Claro, podrían decir con bastante razón: «Oiga, don Manuel, no se nos dispare, mire un poco hacia arriba y avive el seso donde reside la memoria. Si su Majestad aceptó un yate de incalculable precio de unos empresarios y sigue admitiendo en los sótanos de la Zarzuela cochecitos de postín para incrementar el patrimonio nacional ¿qué pecadillo es que les regalemos algún jamoncito al colectivo militar para tenerlo contento?».